

sorpresivo, aunque quizá lo más llamativo sea que las propias personas no se entienden a sí mismas, como llega a confesar Alejandra con ocasión de pedir al joven que no la vuelva a ver más.

## II

Todo lo hasta aquí expuesto es algo que viene a mostrarnos muy a las claras la naturaleza humana en algunos de sus matices más relevantes, y entre los que destaca muy especialmente la imposibilidad de comunicación.

Entre las personas existe un muro insalvable, un túnel, o lo que sea, que les impide estar juntas, a pesar de que puedan verse sin problema alguno. Esa muralla invisible es la misma que impide que los muertos puedan comunirse con los vivos. Castel es quien habla de la existencia de ese túnel o muro de vidrio que no permite la unión total, íntima, con María:

Y era como si los dos hubiéramos estado viviendo en pasadizos o túneles paralelos, sin saber que íbamos el uno al lado del otro, como almas semejantes en tiempos semejantes, para encontrarnos al fin de esos pasadizos, delante de una escena pintada por mí, como clave destinada a ella sola, como un secreto anuncio de que ya estaba yo allí y que los pasadizos se habían por fin unido y que la hora del encuentro había llegado (9).

Pero tampoco ese rayo de esperanza es suficiente para hacer que los caminos dejen de ser paralelos y puedan, por fin, converger en un punto común. La conclusión a que llega el pintor es que los pasadizos seguirían estando separados, sin posibilidad alguna de unión, si bien en unos momentos era de vidrio y permitía que se vieses, y en otros era de piedra negra y ni siquiera otorgaba la visión.

Porque la realidad última y cierta es que el túnel es la propia vida del hombre, en este caso visto desde la perspectiva de Juan Pablo, para quien las demás personas viven sus vidas normales, sin túnel alguno, sólo que se acercaban a él de cuando en cuando y por curiosidad. Por ello llega a escribir que «*en todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida*» (10).

Dos cosas pueden servir para romper momentáneamente esas barreras existentes entre las personas: el teléfono y el amor, pero ambas lo serán de manera ilusoria e ineficaz.

(9) *Op. cit.*, pp. 134-135.

(10) *Op. cit.*, p. 135.

Tanto en *El túnel* como en *Sobre héroes y tumbas* el teléfono funciona como posible elemento de enlace entre dos personas que no pueden verse. Esto sería bueno si no fuese porque siempre suele aparecer al otro lado alguien que realizará el papel de transmisor entre ellas, con lo que tampoco así se conseguirá romper totalmente la barrera de la incomunicación. En la primera novela ese papel está encomendado a la criada de María, y en la segunda a Wanda, la dueña de la boutique donde trabaja Alejandra.

Más importancia parece tener, en principio, el otro 'aliado'. El amor hace que esas dos personas puedan sentir que algo despierta dentro de ellas; la distancia disminuye e incluso se va a iniciar un proceso de mejoramiento, de cambios positivos en el enamorado.

Gracias al amor Castel va venciendo su natural timidez y llega a sentirse un ser valioso para hacer grandes cosas. Hasta llega a cambiar su forma de ver a la gente, pues, cuando siempre había sentido antipatía y asco por los demás, especialmente por los grupos, ahora los llega a mirar con toda simpatía.

En el caso de Martín no será ese tipo de amor, sino el 'materno', el que le ayude a sobrellevar la desgraciada muerte de Alejandra. Ese amor que no recibió de su madre y que, en cambio, ha obtenido de una mujer sumida en la miseria, Hortensia Paz, quien supone para el joven como una revelación, una luz de alegría ante la vida, la única alegría que había tenido en mucho tiempo. Y será a partir de este momento cuando se enrole en un camión con dirección al Sur, sintiendo «que una paz purísima entraba por primera vez en su alma atormentada» (11).

Aquí es donde podemos ver la gran diferencia entre las dos novelas que nos ocupan: el final que se les otorga a Juan Pablo y a Martín. En los demás el parecido es bien palpable.

Ambos personajes serán constantemente martirizados por una mujer cuyo sino es el de la incongruencia y la doble personalidad, con tintes misteriosos y hasta patológicos. El amor que esos hombres llegan a sentir viene marcado por el distanciamiento y el sufrimiento, como consecuencia del deseo de posesión masculino y la inmediata rebelión de la mujer. Los momentos de dicha y felicidad son mínimos tanto en cantidad como en cualidad, puesto que no son suficientes para disipar la oscuridad que aportan las continuas peleas.

Es así como se va pasando a los celos, los atormentados interrogatorios, el odio y la demencia, que conducirán a la catástrofe final. La felicidad se convierte, desde esta perspectiva, en una sucesión inar-

---

(11) *Op. cit.*, p. 505.

mónica de éxtasis y de catástrofes. Y efectivamente esa es la dualidad que conlleva el amor, dualidad que se rompe por el lado negativo. La muerte trágica de María y de Alejandra así lo demuestra, y el dolor en que quedan sumidos Juan Pablo y Martín viene a suponer que ellos son los que sufren las consecuencias últimas y más dramáticas, si bien entre ambos se abren algunas diferencias bastante claras.

El castigo, por llamarlo de algún modo, que padece Castel es el de ir a parar a un manicomio en donde quedan encerrados todos sus juicios y opiniones, y digo encerrados porque, aun cuando logren salir, seguirán aislados y rechazados por tratarse de los argumentos de un loco. Este hombre, pues, no tiene posibilidad de rehabilitación que sí, en cambio, se le concede a Martín, quizá por tratarse de un joven que ha padecido su primer fracaso en una época tan temprana y resultaría cruel su condena.

El puede irse hacia el Sur a sufrir un proceso de purificación, de reencuentro con su propia identidad—obsérvese el paralelismo con la marcha del general Lavalle hacia el Norte, pues ambos logran de ese modo huir de sus enemigos, tanto presentes, en el caso de Lavalle, como ausentes, caso de Martín. E incluso más, a éste se le concede conocer brevemente el prototipo de la madre, esa que él nunca tuvo, y que toma cuerpo en la persona de Hortensia Paz, como ya dijimos anteriormente. De ese modo Martín consigue salir victorioso de la ceguera ante la vida, y de la muerte.

El problema de la ceguera aparece tratado en las dos novelas que nos ocupan y que, en este aspecto vienen a ser complementarias, desde el momento en que Fernando Vidal realiza una hipótesis de las causas que pudieron concluir con el suicidio de Allende, tras la muerte de María.

Para Castel los ciegos son seres desagradables, con un aspecto muy cercano a las víboras, hasta el punto de que la visión y el conocimiento de los mismos conduce inexorablemente al asco, como sucede en el caso del «problema Allende».

Más acuciante, y hasta vital, es esta cuestión para Fernando e incluso, por rechazo, para Alejandra, por cuanto ésta no quiere oír hablar de ciegos, a pesar de que todo en ella parece rodeado de oscuridad. Pero es en su padre donde adquiere especial virulencia la ceguera, pues será ésta la que le lleve a la muerte.

El papel que Fernando representa es el de investigador fiel de todo lo concerniente a la Secta de los Ciegos, y los datos que nos aporta son catalogados por él mismo como absolutamente objetivos, con lo

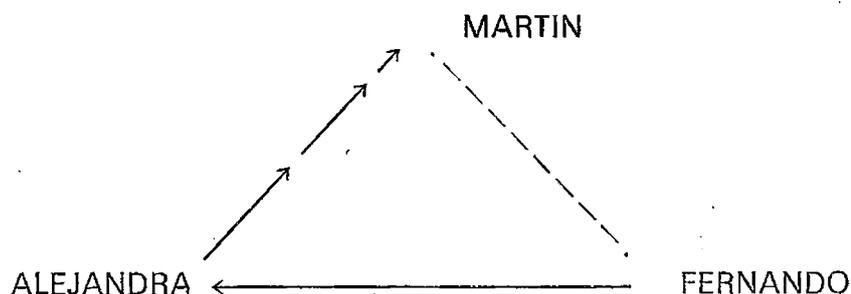
que hemos de aceptar como absolutamente ciertos, al menos en principio, los resultados a los que ha llegado en su seguimiento del tema. Según esto, entre otras cosas, no le cabe ninguna duda de que dicha secta es la representante en la tierra del Príncipe de las Tinieblas, quien ha delegado en ella el gobierno que naturalmente posee. Precisamente será aquella quien se encargue de anunciarle su muerte, su condena por el incesto realizado, y ello se ha de producir mediante un elemento purificador: el fuego, el cual será aplicado por la persona que sufrió la falta que en esos momentos se va a castigar, como es el caso de Alejandra.

Ese mismo papel lo intuye ella en alguna que otra ocasión, según podemos ver en estas palabras:

Sueño siempre. Con fuego, con pájaros, con pantanos en que me hundo o con panteras que me desgarran, con víboras. Pero sobre todo el fuego. Al final, siempre hay fuego (12).

Pero también es algo anunciado a Fernando, quien llega a contemplar su propia muerte merced a la pesadilla que ha venido sufriendo a raíz de su investigación sobre los ciegos. Según confesión del propio personaje es un vaticinio que debe cumplirse porque es consecuencia, en parte, de su propia voluntad. Si tenemos en cuenta lo antes apuntado sobre el papel purificador del fuego, es lógico esa aceptación por parte de Fernando, y de ahí que él mismo salga a la espera de la muerte, sin esperar a que ésta concluya su lenta búsqueda.

En el triángulo que podría trazarse a propósito de los protagonistas de *Sobre héroes y tumbas*, y que a continuación se señala, faltaría que hablar del otro vértice: Martín.



También a Martín le afecta la premonición del fuego cuando, en la noche del 24 de junio, sueña con el «resplandor sangriento de un incendio». Se cumple de este modo una curiosa circunstancia: las llamas alcanzan por entero a los dos elementos de la base, que man-

tienen entre sí una relación directa la cual vendría expresada por el incesto cometido; pero no llegan del todo a Martín por cuanto sólo guarda relación directa con Alejandra y es a través de la coexistencia amorosa con ésta como se relaciona de manera indirecta con Fernando, de cuyo interior partiría el origen causante de las llamas.

MANUEL CIFO GONZALEZ

Capitán Cortés, 103  
ALBACETE

---

(12) *Op. cit.*, pp. 118-119.